VI

MEMORIA HISTORICOARQUEOLOGICA DE "LOS VILLARES" DE VALDERAS (LEON)

A LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

Al Este de la villa de Valderas (provincia de León), en el país de los antiguos vaceos, e inmediato al río Cea, hay una cadena de cerros que flanquean la ribera izquierda del río, mientras por la derecha se extiende espaciosa la vega. A distancia de un kilómetro, en lo alto de una casi planicie, formada por dos cerros que se destacan hacia el río más que los otros, están "Los Villares"; nada de particular ofrece su topografía, si no es la elevación de los cerros junto a los bordes del río.

Paseando muy al azar ha unos meses por Los Villares, observé en un ribazo del camino la existencia de *tegulas* romanas; un labrador me acompañó por aquellos parajes, apenas manifesté interés por recorrerlos. Aquella tarde volví a casa convencido de que Los Villares habían sido un pueblo romano; los centenares de fragmentos de tejas, ladrillos, lajas de piedra y mil otras señales lo patentizaban. Tuve la fortuna de encontrar pronto algunas piedras con puntos de mica, restos de pereruela, algún cristal con rastros de irisaciones y un hermoso fragmento de *barro saguntino*. Como mi vista anda muy delicada y aquellos campos estaban sembrados de cereales, procuré que me acompañaran algunos seminaristas; aumentamos el número de cristales, los trozos de barro saguntino, los de vasijas negras; recogimos pizarras, trozos de losas, pedernales pulimentados, una pesa piramidal, y advertimos la presencia de adornos muy diversos en la cerámica, con alguna letra romana y esgrafitos Desde entonces no dudé que se trataba de una población iberorromana. Digo población, porque se encuentran ruinas en muchos lugares del contorno, aunque se manifiestan de manera más patente y muy numerosas en una extensión de dos o tres hectáreas en lo alto, junto al río; digo iberorromana, para concretar la significación de las palabras, entendiendo por ibero toda influencia de civilización española independiente de la romana, sea ibera, griega, fenicia, celta, etrusca o púnica, y sea lo que

quiera de las confusiones e inextricables nieblas que todavía cubren pueblos y tribus muy remotas.

Sembrado el terreno, con escasa vista, poca preparación y con 750 pesetas a que ascienden mis sueldos de Catedrático y Vicerrector de este Seminario, no es posible aventurarse a muchas excavaciones. Pero recogidas las mieses, con los pocos medios disponibles y sólo por vía de tanteo, me atreví a sondear el terreno movido de algunas ruinas para comunicar a la Academia con más seguridad y con más fundamento mis sospechas. No elegí la parte donde están más patentes las ruinas; allí cerca, en lo alto, junto al río, aparecían unos 900 metros de superficie sin escombros, pero recubiertos de una capa negruzca, terreno movido, al parecer, y con vestigios de fina cerámica. En este lugar hemos abierto unas zanjas en forma de cruz latina, cuyos brazos laterales se desvían en sus extremos, el derecho hacia adelante y el izquierdo hacia atrás. Medirán en conjunto unos 45 metros de largo por 1,15 de ancho y 0,90 de profundidad, que es el terreno movido. Sólo a este sitio y a nuestros rebuscos por el terreno nos referimos cuando hablamos de nuestras modestísimas investigaciones, que no sabemos si fueron afortunadas o desgraciadas; porque, si bien es verdad que encontramos muy pronto en el centro y brazos de la cruz manifiestas señales de lujosa necrópolis, no lo es menos que se advierte presto cuán bárbaros debían de ser los Bárbaros, pues entre los centenares de vasijas que indudablemente encontraron allí, con mil otros objetos, es imposible hallar uno solo sin rastros de la más espantosa destrucción; aquello es una masa informe de capas revueltas e indefinidas, calizas o margosas al parecer, turbáceas y cenicientas; aquí, puras cenizas junto a la urna que las contuviera, deshecha; allá, trozos de un plato que conserva quizá adheridos todavía a sus paredes los restos de viandas que allí depositaron, peron andan esparcidos al azar, y por doquier, hierros destrozados, cristales molidos, indicios de pinturas pulverizadas, caos, desorden y destrucción.

Pero concretemos ya el resultado de nuestros trabajos.

Prescindiendo de ciertas piedras, indicios quizá de lo que fué la edad de piedra para esta región de Campos y de otras piedras raras en este país, si bien excelentes para la construc-

ción y aun para el adorno, lo primero que llama nuestra atención es una colección de pizarras y de piedras pizarrosas, propias de cubiertas y de pavimentación. Son de muy buena calidad y dan hermosos reflejos las delgadas..., y se presentan duras, sólidas y en extremo gruesas las lajas de caras paralelas, aunque sin estructura foliácea. Nuestra variada colección consta de ejemplares cuyo espesor oscila entre medio milímetro y nueve centímetros en los trozos gruesos. El mayor de los trozos alcanzó 16 cm. de largo por 13 de ancho. Aparecen de ordinario en la capa superior.

No se encuentran por allí piedras notables de las construcciones antiguas (desaparecieron, sin duda, cuando aquellos campos se dedicaron al cultivo); pero los trozos de ladrillos son numerosísimos todavía hoy. Sólo uno de los cultivadores ha traído ocho carros; otros, algunos menos, y quedan por los caminos, linderos e inmediaciones en abundancia. Se los puede clasificar en tres grupos. Primero, tejas planas con su doble resalto, además de las hendiduras y resaltos para las junturas, y de anchas líneas circulares, ondulantes y entrecruzadas, hechas en ambos lados sin más que hundir los dedos en el barro. Son variadísimos, tanto si se tiene en cuenta la calidad de su arcilla, como el esmero en trabajarlos, la altura y adornos del resalto, etc., etc. Hemos recogido trozos de 20, de 30 y de más de 40 centímetros de largo y uno de 40 de ancho por 37 de largo, con señales evidentes de llegar hasta 55. Uno de los labradores nos dice que los encuentran todavía muchas veces y aun enteros cuando cultivan sus campos; pero que los tienen odio, porque "nos rompen las rejas del arado".

A la segunda clase pertenecen unos ladrillos generalmente lisos (alguna vez tienen muy sencillas figuras); pero son muy gruesos comparados con las tejas y con los ladrillos actuales. En general aparecen en trozos de pocas dimensiones. A veces llegan a siete y ocho centímetros de espesor, y uno hemos encontrado con 0,57 de largo, otro tanto de ancho, probablemente (pues no está entero), y 0,07 de grueso.

A la tercera clase pertenecen otros ladrillos más delgados que los actuales, pero de mayores dimensiones; no son de los más finos; algunos presentan orificios como para ser clavados,

y casi todos, señales de haber estado recubiertos por una capa de cal. Tienen al reverso sencillas líneas hendidas o de resalto formando cuadriláteros grandes o pequeños, cuadraditos entrecortados, etc., etc.; algunos conservan restos de inscripciones, presentando varios dibujos, como marcas de fábrica y verdaderos sellos de alfarero, hechos alguna vez con rara perfección y bárbaros o descuidados otras. Hay, por fin, tejas como nuestras canales, más gruesas, bastas, más explanadas (aunque las hay también más curvas), de mayores dimensiones, con diversas figuras rudimentarias, hechas con los dedos; hay restos de cañería, láminas de arcilla endurecidas como las tejas, etc., etc.

Una de las cosas que llaman pronto la atención de quien pasea por Los Villares son los cubos negros y blancos, segmentos de mosaicos, que yacen esparcidos por la superficie del terreno. Como muestra he recogido unos dos centenares, pero hay muchos más. La mayor parte son cubos regulares de distintas dimensiones (de 5 a 15 mm. de lado); otros hay, como excepción, largos, muy estrechos, triangulares y aun irregulares. Sólo tres cubitos encontré muy pequeños que fueran de masa vítrea y verdoso azulado, y 10 ó 12 de rojo obscuro.

También se encuentran algunas láminas cuarzosas o de pedernal muy duro, muy bien pulimentadas, de escaso espesor y algún tanto redondeadas en la orilla; una encontré de mármol; son piezas de adorno, quizá cubierta para poyos, si los había, en los sepulcros, mosaicos de pavimentos...

Una de las cosas en que más se echa de ver la espantosa destrucción por que debió de atravesar aquel pueblo es en las pinturas. A duras penas hemos podido recoger dos docenas de fragmentos de no despreciables pinturas al fresco. Todas están sobre una capa de argamasa, cuyo espesor oscila entre cinco milímetros para las más finas y casi tres centímetros para las bastas. Hay además unas láminas de pasta artificial, arcillosas, muy finas, y alguna de piedra; están ligeramente barnizadas por un lado y pintadas por el otro. El color predominante en todas es el rojo obscuro, que en las buenas tiene un excelente empaste y un azul claro; hay indicios de verde, negro, amarillo y unos trocitos de blanco de yeso y color chocolate. Parecen ser casi to-

dos de un solo muro, encarnado en el fondo, con franjas azules y líneas geométricas blancas, negras, amarillas... Hay un trozo que presenta una pintura blanca sobre otra antigua negra. Los mejores sólo tienen unos cinco centímetros de largo por tres o cuatro de ancho.

Pasando ahora de los elementos de construcción y de ornato a los utensilios, vasijas, instrumentos y demás objetos encontrados principalmente en las pequeñas excavaciones, aparece en primer lugar una variada y numerosísima colección de cascos de pereruela. Digo cascos, porque no aparece ninguna vasija completa. Encontramos vasijas de un milímetro de espesor y muy finas junto a otras muy bastas con tres centímetros de grueso y con granos de cuarcita o agrietadas en lo interior de sus paredes por su rudimentaria estructura. Había fondos de tres centímetros en su diámetro, junto a grandes tinajones que miden 30 centímetros de abertura por 1,25 metros de panza, y entre esos extremos, la variedad y número que pueden suponer los señores académicos. Tienen escasas y elegantes, quizá, pero sencillas molduras los trozos más finos y las propias del género los tinajones, que presentan, a veces, hermosas molduras en sus bocas. Muchas están finamente barnizadas de varios colores, si bien con substancias térreas: blanco, amarillo, negro, rojo muy obscuro, chocolate, parduzco, azul obscuro..., con un buen número que presenta distintos colores por dentro que por fuera. No sabemos si los tinajones que aparecieron en aquel lugar serán sepulturas, pues salieron en la superficie casi todos; pero las vasijas de término medio y muchas pequeñas salieron de entre las cenizas. Por regla general, tienen buena abertura, sin ser desproporcionada; lo superior del borde se extiende hacia afuera, y sin otras molduras su parte inferior forma, al abrirse para hacer la panza, una moldura cóncava muy graciosa, disminuyendo luego su diámetro al acercarse al fondo. Hay indicios de tapaderas, asas para las de término medio, y una correspondiente colección de tarteras, platos, etc., etc.

Quizá no conviene pasar adelante sin indicar que entre las cenizas y junto a los cacharros se encuentran en las excava-

ciones interesantes utensilios y restos de la industria humana. Aparece en primer lugar una coleccioncita de huesecillos de pájaros y otras aves con grandes huesos de mamíferos superiores y conchas. Abundan extraordinariamente los de paloma, pollo, conejo, gallinas (hay uno con espolón), cabras, ovejas, buey, caballo, las almejas de río, con orificio y sin él, y las ostras, tan extrañas a esta región. Hay huesos de caballo, de ternera y de otros rumiantes de las mismas pesuñas. Pero es más interesante, sin duda, otra colección verdaderamente rudimentaria en algunos objetos: trozos de cuarzo (cantos rodados) de distintas dimensiones, redondeados por arriba y planos por debajo, u óvulos pulimentados y otras piedras, negras o de color y en placas, que sirvieron quizá para piedras de afilar; pesas piramidales de base cuadrada o prismáticas con la misma base, o prismáticas de base longitudinal, o cilíndricas quizá, bien menudas o bien gruesas, pues no acierto a saber para qué podrán valer un cilindro grueso de siete centímetros con diámetro de 19 centímetros sacado artificiosamente de un ladrillo, y unos redondelillos como nuestras monedas de 0,10 y de cinco pesetas sacados de vasijas, si es que estos últimos no son todos fusayolas, memoria o recordatorio de difuntos. Hay también entre las piedras una alabarda de mármol que es un primor, y unas bolitas redondeadas que pueden tener significación, alguna de las cuales está esmaltada.

Pero lo más interesante, sin duda, en este género es una abundante colección de astas de ciervo y de reno, y de mangos de lo mismo e instrumentos de hueso. Astas de ciervo las hay hermosas, macizas, estriadas y airosas; de reno (quizá, pues no las conozco), más lisas, menos duras, de aspecto menos elegante; hay varias de gamo, hechas polvo en su parte ancha y varias bifurcadas muy hermosas. En los mangos e instrumentos de hueso es donde más se patentiza el plan de destrucción que se impusieron los bárbaros en la necrópolis. No hay uno sano, y todos presentan manifiestas señales de haber sido destrozados violentamente. Los mangos, aunque destrozados, son típicos; uno de hoz, otro de navaja con dos orificios a los extremos, y tan bien hecho que parece de una navaja de hoy; otro como el

de las limas o formones, otros de punzón, alguno entero sin usar y varios destrozados, aunque bien definidos. Tanto las astas como los mangos presentan escasas labores, si se exceptúan algunos orificios, las configuraciones propias del instrumento y alguna otra labor rudimentaria. Los demás instrumentos de hueso, recogidos en buen número, están tan molidos, que sólo un especialista podrá recomponerlos y rastrear su uso, excepto algún punzón... Una cosa se advierte, no obstante: la gran dureza, aspecto un tanto renegrido e incipiente calcinación de los grandes y cierta blancura y menor solidez de los mangos y huesos pequeños. Varios colmillos de animales, señaladamente de jabalí, con manifiestas señales de estar cortados a navaja; uno cuya base, quemada en su parte superior, hace, no obstante, suponer que podría alcanzar unos 18 centímetros de longitud, y seis hermosas agujas de hueso muy finamente trabajadas y con 12 centímetros de largo la mayor, completan el menaje de estos objetos encontrados en Los Villares, con algún punzón, lanzadera, espinas de pescado.

Llegamos al punto culminante de nuestro trabajo; y aparece en primer término una colección de vasijas negras o de colores obscuros. Entre los dos centenares de fragmentos ascienden, desde los lindes de la pereruela hasta lo más fino de los mejores tiempos, desde un milímetro de espesor hasta casi dos centímetros en algunas muy bastas. Aunque hay vasijas (entiéndase siempre trozos) menudas muy variadas y finas, el mejor desarrollo se encuentra en los grandes platos, que aparecen finamente barnizados de negro mate o un tanto reluciente. Presentan muy variados matices y estructura: áspera, cementosa, pizarrosa y muy fina; blanquecino, achocolatado, azulado, parduzco y negro. Apenas aparecen y no tienen importancia especial sus fondos; en cambio son hermosos los bordes. No tienen más adornos que líneas horizontales, verticales, en sencillos *estrigiles*, triángulos o cuadriláteros, hechas con la uña o con algún fino estilete las buenas; pero son hermosas y verdaderamente clásicas las sencillas molduras que presentan las mayores en los bordes. Algunas tienen líneas en el interior, y aunque todas estas líneas se revelan sólo con un ligero cambio de color y sin

resaltos, hay un fino dibujo en hueco y algunos cascos con señales de pintura blanca. El diámetro de muchos buenos llega a 30 centímetros.

Nos queda la colección más variada, más rica y más numerosa: la de *barro saguntino* y similares. Digo similares, por concretar de algún modo, pues en 2.000 fragmentos de esta fina cerámica no es fácil distinguir taxativamente hasta dónde llega en las menos perfectas el principio, y entre los diversos adornos, cuáles son o no son romanos. Pues esta significación queremos dar a la palabra *barro saguntino:* cerámica uniforme, de color rojo por lo general, con adornos en resalto propios en su mayoría de la época romana y paralelos. Esta numerosa colección, con toda la variedad que pueden suponer los señores académicos en la parte material, adornos, forma, dimensiones, finura, matices..., hacen un poco difícil su clasificación, si extendemos el grupo a todas las vasijas de color uniforme rojo con adornos de resalto, sean o no romanos; porque los adornos, el esmero en la ejecución, su finura, reflejan la labor de muchas manos, de muchos siglos y hasta de muchas civilizaciones. Todas las dimensiones tienen aquí su representación, desde las vasijas microscópicas de dos centímetros de diámetro por un milímetro de espesor, hasta los grandes platos de grueso fondo, de más gruesas bases formadas por salientes círculos y de no poco gruesos bordes. La finura y delicadeza de los mejores no creo que se haya imitado aún. Todos presentan relativamente muy salientes los círculos de su base, y casi todos, las molduras de los bordes; pero muchos, aun de los más finos, especialmente pequeños, carecen de otros adornos.

Para concretar algo acerca de lo más interesante, las distribuiremos en varios grupos. El primero comprende la cerámica fina, de molduras sencillas, precisas, vigorosas y clásicas que recuerdan la civilización griega o la severa majestad y sencilla elegancia de los buenos tiempos de la República romana y la que tiene, además de dichas molduras, adornos más elegantes y floridos, pero aún clásicos, que recuerdan sin querer los tiempos de Augusto. Hay no pocos ejemplares típicos en particular de los sencillos y severos a la vez. Al segundo grupo pueden perte-

necer aquellas vasijas que, sin dejar de ser finas, no presentan la clásica nitidez de las anteriores ni tienen motivos clásicos, ni ejecución clásica, si bien conservan en lo demás los caracteres específicos de la definición arriba apuntada. Son dignos de notarse en su ornamentación círculos concéntricos o figuras de animales o personas encuadrados entre líneas geométricas, de resalto también, pero formadas por cablecitos pespunteados o formando cairelcs muy pequeños o series de angulitos, generalmente colocados todos en sentido vertical (aunque los hay también horizontales); tienen ramos, flores, plantas, pero muy estilizados, y en general las figuras no revelan clasicismo. El tercer género, intermedio entre los anteriores, se caracteriza por las series bien dispuestas de círculos concéntricos, pero sin estar encuadrados ni descender de cierto clasicismo y pulcritud en los diversos motivos geométricos, de fitaria o de zodaria que presentan. Hay una variedad de material más deleznable, de color menos intenso y fino, cuyos adornos difieren de todos los anteriores. Tiene, sí, círculos y semicírculos concéntricos, pero están rellenos los espacios por ángulos, puntos gruesos alternando entre los mismos ángulos, barras en serie, cuñas y ángulos cuneiformes, en series también, dentro o fuera de los círculos o semicírculos, pequeñas cruces de brazos iguales rodeadas de círculos, alternando con menudos dientecillos...; algunas de estas figuras parecen recordar letras de alfabetos antiguos. No tienen expresión clasicista ni esmerada ejecución; más, son casi bárbaras las escasas figuras de vegetales que en ellas se encuentran.

Si a estos grupos añadimos el de pequeñas vasijas-urnas, finísimas en extremo y de muy variados colores y matices mate o brillo, sin otras molduras que la vuelta airosa del borde ni más espesor que el de un milímetro, tendremos una vaga idea de la cerámica más abundante de nuestras pequeñas excavaciones.

Presenta esta colección un buen número de inscripciones en esgrafito (sólo hay dos con molde). Desgraciadamente ninguna pasa de cinco letras y ni una siquiera hace palabra completa. Una alcanza quizá el siglo primero, las demás van degenerando poco a poco, y las últimas, con casi todas las figuras en esgrafito, son realmente bárbaras.

¿Y qué diré de nuestra colección de cristales? Pues que casi no me he atrevido a tocarlos por la delicadeza de algunos fragmentos. Pasan de dos centenares, mitad recogidos al aire libre y mitad en las excavaciones. Algunos trozos llegan casi a un centímetro de espesor; otros, en cambio, son casi intangibles de finos. Hay pocos planos por completo; aunque parecen pertenecer a láminas planas, de ordinario su grueso va disminuyendo poco a poco. La constitución íntima es basta, casi ruda en unos pocos, finísima en muchos, y de color blanco y verdoso de mil matices, por lo común con excepciones de azul, violado, etc., etc. Abundan los de vasos gruesos y rudos, los de finos y delicados; más fuertes, ya en el centro del fondo, ya en las orillas del mismo. No dejan de abundar los de fuertes bordes de platos muy espalmados, y no escasean tampoco los curvos, hermosísimos, bien de tapaderas, bien de bordes finos de urnas, botellas o los inconcebiblemente finos de los lacrimatorios o ungüentarios; son verdaderamente de una rara delicadeza y de admirable ejecución. Todos presentan señales de haber estado o están pintados con óxidos metálicos de una hermosura peregrina, en oro, violado, azul, verde, blanco, nacarino. Son muy sobrios en adornos; pero clásicos, y clásicamente trabajados los buenos, que son un primor. Casi no se les puede tocar, pues la misma brisa lleva a veces su hermosísima pintura. Yo no los he tocado de respeto, aunque me he gozado mucho contemplando sus reflejos e irisaciones.

Finalmente, he de indicar algo acerca de una colección de objetos metálicos encontrados casi exclusivamente en las excavaciones. Quizá llegan a 300; pero hay pocos completos, excepto los clavos, que pasan de un centenar en escala ascendente, que empieza con el tamaño de una tachuela y acaba con sendos clavos de 20 centímetros de largo; todos de cabeza chata o débilmente redondeada (cuando aparece) y siempre pequeña. El propósito manifiesto (a mi parecer) que tuvieron los bárbaros de destruírlo todo en la Necrópolis, un terreno algo húmedo, los restos orgánicos en cenizas o en descomposición y nuestra escasa experiencia y mala preparación, con el poco tiempo que a las excavaciones hemos podido dedicar, son las causas de que no

hayamos sacado de ellas todo el partido posible. Muchos objetos están destrozados ya de antiguo; otros, corroídos por completo, y aun los recogidos en regular estado se quiebran a veces sólo con secarse. Esta es la principal razón (muy poderosa, por cierto) para dejar las excavaciones. Clasificando de alguna manera tanta variedad de objetos, diré que, además de un centenar y medio quizá de clavos, y prescindiendo de clasificar ahora en piezas, que probablemente son *celt* destrozados o corroídos o flechas, o las distintas aplicaciones de cada tipo, señalaré primeramente como principales tres morteros de hierro de 8 ó 9 centímetros de diámetro, una colección de formones o especie de *celt* y otros instrumentos parecidos; pero, o presentan indicios de apéndices en algún extremo, o verdadero espigo, que los asemeja a un picacho, si bien más pequeños; otra colección de piezas, que probablemente son *celt* destrozados o corroídos o trozos de espadas; una docena de hachas, que aparecieron como en un bloque de hierro; pero, gracias a que se encontró una entera, pudo suponerse lo que eran aquellas planchas de hierro; son grandes y debieron ser armas terribles; alguna (si es hacha) tiene la hoja de ancho 12 centímetros. Entre esas planchas grandes hay una que no sé lo que puede ser, si no es el centro de un escudo. Vienen luego media docena de lanzas o rejas de arado deshechas, aunque medio recompuestas, pues han sido las piezas que más han sufrido; sólo una puede decirse sana; pero fuera de la punta, lo demás salió en tres fragmentos; una tiene tipo como de reja de arado ibérico. Hay algún redondel sano, alguna pieza de las primeras que en forma de estribo suelen tener las cadenas, y, finalmente, para no cansar, tres o cuatro puntas bien definidas de puñal, lanza o espada, con otras piezas dudosas o medio deshechas, cuyos trozos hemos recogido con cuidado para ver si algún inteligente nos enseña a recomponerlos; son rectos, curvos o angulares; redondeados y en punta; delgados o gruesos. No puedo asegurar si todos serán precisamente de hierro o de otro metal, pues les tengo miedo, y si pudiera, no los tocaría. Son ciertamente de plomo tres o cuatro pedazos; uno parece de un sello o medalla que se fundió; de cobre, un asa de una caldera y tres medallas, una con el tipo aproximado de Antonia Augusta, otra

con el de Calígula y la tercera sin cuño, redonda, pero de sólo el tamaño de una pieza de 0,10 de las nuestras. De metal dorado no hay más que un alfiler circular con dos bolitas en los extremos encorvados y una hebilla. Alguna cosa hay de metal no bien definido para mí. En conjunto, dan la idea de población agrícola los objetos de hierro, más bien que la de fortaleza o centro militar.

Curiosidades, como es de suponer, habría para todas las aficiones en tanta variedad de objetos: por ejemplo, un cervatillo comiendo en una palmera, árbol tan impropio de esta comarca; la figura de la cruz semiegipcia y aun semilatina; una figura de mujer, cuya actitud y posición parecen denunciar una sacerdotisa egipcia ofreciendo, y su tocado y vestido parecen asiáticos; alguna inscripción rara, cuellos o asas de cacharros y una pulsera de plomo.

Pero doy por terminado mi trabajo convencido de no haber dado exacta ni siquiera aproximada idea de la civilización que supondría en Los Villares (donde parecen haberse dado cita todas) *un estudio bien hecho,* y eso, desgraciadamente, a pesar de haber molestado con mil detalles quizá insignificantes a los señores Académicos. Enviaré para suplirlo en parte, y luego que pueda (pues ni esto me es fácil aquí), algunas fotografías de los objetos más interesantes o más deteriorados. Termino, pues, pidiendo mil perdones a la Academia por haberme puesto a hacer este trabajo sin haber leído algún libro o folleto de los muchos que últimamente se han escrito, y sin haber visto un museo ibérico. Es falta, no culpa mía. Dios reparte la vista y la salud como le place, y, miserable como todo mortal, he de someterme a las imperiosas necesidades de la vida. Crea la Academia que reconozco no merecer el honor de poner desde este momento lo poco, lo muy poco, pero ciertamente todo lo que valgo, a disposición de la Academia y de los señores Académicos.

EUGENIO MERINO,
Catedrático de Segrada Teología
y de Historia Eclesiástica en el
Seminario de Valencia

Septiembre 21 de 1921.